

LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 143.—15 de Febrero de 1876.

*Dios es caridad. (San Juan
Epist. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

Una hija de familia. Los 10 rs. que V. nos ha enviado, se han dado inmediatamente á una anciana de 70 años. Si todas las hijas de familia que tienen su pequeño fondo imitásen á V., ¡á cuantos pobres se podían evitar algunos dias de hambre!

EN NOMBRE DE LOS HERIDOS.

Gracias á:

D. B. G., por 100 rs.

Sra. de Minuesa, por hilas.

Las Sras. de Rojas, por trapos.

Sra. de Fernandez, por trapos.

Doña C. M. de G., por hilas.

D. Florencio Vaamonde, por 3 elásticas usadas.

Doña I. C., por trapos.

Doña V. de R. de G. Z., por hilas.

Doña Manuela Lombay (de Toledo), por hilas.

Varias personas que no han dicho sus nombres, hilas y trapos.

Hemos remitido á Miranda para que de allí lo envíen á donde mas falta haga en el Norte, un cajon con 23 libras de hilas informes, 8 de formes, 1180 compresas, 15 vendas, varios paquetes de trapos arreglados para curas, algunas *cruces de Malta*, 12 camisas nuevas, 3 almillas usadas, 1 sábana usada y 4 pañuelos triangulares.

LA EMBRIAGUEZ.

La libertad del hombre le deja una estensa escala que recorrer; puede elevarse hasta las alturas en que entreve la perfeccion divina y aspirar á imitarla; puede descender, no solo al nivel de los animales, sino hasta colocarse por debajo de ellos: esto último hace el que se embriaga. No hay bestia tan inmunda y repugnante, como el hombre ébrio, ni sér tan degradado, como el que, habiendo recibido el alto privilegio de la razon, voluntariamente la pierde. El hombre embriagado menoscaba las facultades mentales, las fuerzas físicas, hasta los instintos: no es una persona, no es ni siquiera un animal, sino una especie de mónstruo, una mezcla confusa de todas las degradaciones, un conjunto de todas las ignominias, un compuesto de todos los extravíos, que segun el modo de combinarse, dan por resultado el marasmo ó la demencia, el idiota ó la fiera. Hay cientos, hay miles de criaturas, que voluntaria y periódicamente pierden la racionalidad: y ante el atentado que contra sí propios y contra los demás cometen; ante esa especie de suicidio que aniquila al hombre, puesto que le priva de lo que esencialmente le constituye; ante la hacienda malversada, la salud destruida, la familia que se desmoraliza y se arruina, la esposa que se ultraja, y la sangre que se derrama, la ley enmudece, y la opinion guarda silencio. El niño ve cómo su padre y su madre se rien de las caprichosas curvas que al andar describe un borracho, y de su hablar tartamudo, y aprende, y enseñará á su vez, que un *borracho* es objeto de diversion y cosa de risa. ¡Cuántas lágrimas, cuánta sangre cuesta esa demencia ó ese idiotismo-voluntario! Si se escribiera la historia de la embriaguez, sorpresa causaria y horror ver los males que consume ó prepara; y solo desconociéndolos y por falta de reflexion, se comprende que no constituya un delito y que la opinion no le lance su anatema. Tan lejos de eso, ante ella, encuentra disculpa cualquier atentado, diciendo que el hombre ébrio no sabe lo que hace, como si el que voluntariamente pierde la razon, no debiera ser responsable de todo el mal que haga por no tenerla. ¿Quién es el responsable de los daños que hace una fiera, sino el que la suelta, de propósito?

El borracho, si es señor, se niega que lo esté, y si no puede negarse, se le mete en un coche y se le lleva á su casa: si es pobre y no acierta á ella, anda por la calle sirviendo de diversion á los transeuntes, y de leccion á los niños y á los jóvenes; cuando no puede

ya sostenerse, ó furioso amenaza ó acomete, los agentes de la autoridad (si casualmente aparecen por allí) le sujetan, sin que esta tenga derecho alguno para penarle, cuando recobra la razon, por el hecho de haberla perdido voluntariamente, aunque este hecho se repita una y cien y mil veces, y toda la vida.

Si el delincuente no lo parece, ¿cómo se ha de penar á los cómplices, ni tomarse medida alguna respecto del lugar donde generalmente se prepara ó consume el delito? No es posible, y la taberna tiene derecho de asilo para él, sin que directa ni indirectamente trate nadie de perseguirla en nombre de la moral, del orden, de la justicia y de la caridad. Obra moral, justa y caritativa fuera poner coto á tanto mal como sale de esos focos de perversion, pero se desconocen ó se tienen por inevitables. El lugar donde entran los hombres racionales y salen idiotas ó feroces, es un *establecimiento* honrado, que paga su contribucion; y el dueño que especula con el vicio, que va envenenando la razon, sin detenerse al ver los estragos del tósigo; que contribuye interesadamente á que el ébrio lo esté mas y mas, y beba, beba y beba hasta que no tenga con qué pagar lo que bebe, este es un comerciante, *honrado* tambien, como su establecimiento, un ciudadano que, segun las vicisitudes políticas, tendrá ó no voto para elegir diputados, pero que en todas las situaciones se le concede el de hacer borrachos. Hay reyertas, escándalos, heridas y muertes entre los parroquianos de una taberna, interviene la autoridad y el Juez; pero ¿á quién le ha de ocurrir que se exija responsabilidad al tabernero? O nadie piensa en él, ó declara como testigo. Hablamos de la taberna, porque es el grande y constante centro de embriaguez; pero lo dicho de ella, puede aplicarse á todo establecimiento público, donde los hombres pierdan la razon por el abuso de las bebidas alcohólicas.

La embriaguez tiene todos los caracteres esenciales del delito.

Es un ataque á la moral, de bastante gravedad y trascendencia, para que produzca honda perturbacion en la sociedad.

Es imputable á la persona que le consume.

Es público.

Es susceptible de ser probado, y hasta muy fácil de probar.

De ponerlo en tela de juicio, no resulta perturbacion en la familia, ni mal que pueda neutralizar el bien de penarle.

Con todos estos caracteres, la embriaguez recibe de la opinion salvo-conducto, si no como buena, al menos como accion no justificable; es vicio de gente ordinaria; una rareza en las personas decentes; se dice que fulano ó zutano es *escelente* hombre, aunque tiene el *defecto* de beber; en suma, la embriaguez no es un delito ni una des-

honra, y el gobierno que restrinja mas los derechos civiles ó políticos, no le niega á ningun español el de embriagarse.

Esto es tanto mas doloroso, cuanto que somos un pueblo naturalmente sóbrio, y á poco que la opinion y la ley enfrenasen la embriaguez, á poco que fuera contenida por las autoridades y la reprobacion general, quedaria reducida á muy estrechos límites, en vez de los inmensos que hoy tiene, con tendencia á dilatarlos. No se comprenderia semejante indiferencia ante mal tan grave, si no se supiera que, cuando la moral se relaja, es tolerante para toda infraccion, y que á medida que son raras las virtudes, halla paso franco todo género de vicios.

Gijon 22 de enero de 1876.

Concepcion Arenal.

LAS DECENAS (*).

No creemos tener necesidad de explicar lo que este epígrafe significa; en el número 30 de la VOZ DE LA CARIDAD se ha dado una clara explicacion del objeto de las Decenas, y á él remitimos á aquellos que lo ignoren.

Nos limitaremos, pues, á hacer ver alguna de las muchas miserias que con ellas se socorren. Y muévenos á esto, no solo la idea de ser dichas Decenas una de las obras en que se emplean los recursos que se allegan por la Redaccion de este periódico, sí que tambien el interesar á nuestros lectores, á fin de que, con nosotros, alcen su voz en pro de tan benéfica institucion, ayudándonos á acrecentar los medios de sostenerla.

No se crea que, llevados del afan de *hacer efecto*, hemos rebuscado entre las diferentes Decenas de que el periódico forma parte, aquellas que mas tristes y desgarradores detalles pudieran suministrarnos. La primera que se formó, es de la que vamos á hablar y créasenos, cualquiera de ellas presentaria los mismos caracteres de horrible desgracia.

Si siempre es espantosa la miseria, esto mucho mas cuando el *ayer* no corresponde al *hoy*; cuando costumbres delicadas y naturalezas endebles, hijas de una educacion esmerada, son las que tienen que soportar las terribles fatigas de una existencia llena de privaciones y de angustias.

Imaginaos un padre de familia que abandona á esta, y desde el

(*) Patronato de los diez.

otro lado de los mares, donde va con bien retribuido destino, olvida completamente, tanto á aquella á quien diera al pie de los altares mano y nombre, prometiendo al Sacerdote que en indisoluble lazo los uniera ser para ella el sostenedor y amparo de su existencia, como á sus infortunados hijos.

No es nuestro ánimo lanzar desde aquí el terrible anatema que tan execrable conducta merece. Fieles narradores de una historia de lágrimas, presentámosla desprovista de toda gala de imaginacion; desnuda de toda ampulosa palabrería. Bástale la triste veracidad de sus hechos.

Quedó la infeliz esposa abandonada, sola..... Mal dijimos sola; pluguiera al cielo que á sus lamentos no se unieran los de sus tres hijos.

Sí; tres hijos le quedaron. La mayor, á la sazón en esa delicada edad de las transacciones del espíritu y la materia; cuando el capullo va á abrir su aromático caliz para recibir las caricias de la embalsamada brisa; cuando la crisálida tórnase en mariposa, ansiando desplegar al viento sus matizadas alas. Mas ¡ay! que la brisa no recogerá tu fresco álito. ¡Ay! que pronto tus alas serán quemadas por la ardiente llama de los infortunios, apagaráse la clara luz de tu inteligencia, y tus días serán bien cortos!!!..... No, no sonrias á la esperanza, desgraciada criatura!!!..... ¿Y por qué desgraciada? ¿Acaso fuera mejor que apurase gota á gota el caliz de amargura de su triste destino?.....

Hemos adelantado demasiado los sucesos, y fuerza nos será retroceder.

Do quier se presenta la miseria, reviste en los primeros tiempos los mismos caracteres, idénticas circunstancias, iguales detalles, y la desdichada familia que en ella se ve envuelta, trata de ocultar su vergüenza, que como vergüenza juzgan algunos la desgracia de ser pobre; y los empeños primero, y las ventas despues, y las deudas mas tarde, hacen de esta época toda una epopeya de luchas y sufrimientos. Pero la carencia absoluta de recursos llega, y entonces, al vender la última alhaja (tal vez sagrado recuerdo de familia) no hay mas remedio que confesar su derrota; no hay mas remedio que decir á la sociedad: «Soy pobre.»

Tal es, á grandes rasgos, la historia que precede, en la mayoría de casos, á ese momento supremo, á ese adios sin esperanza á la vida anterior, á *la instalacion en una bohardilla*. Llegado este para la familia de que nos venimos ocupando, trasladáronse á una de esas miserables viviendas, que forman la parte superior de las casas de la coronada villa (que por sus malas condiciones higiénicas son un se-

millero de enfermedades, y una vez en ella, empezaron los horribles días sin pan y las tenebrosas noches sin luz.

El trabajo de la madre y la hija, pues los varones eran aún pequeños, no bastaba á cubrir las mas perentorias necesidades. Bien pronto la salud de ambas se resintió, presentándose en la última los primeras síntomas de enagenacion mental, esa enfermedad horrible, cuyo solo recuerdo hace estremecer.

Y si siempre es espantosa la demencia, lo es mucho mas cuando la carencia absoluta de recursos impide rodear al paciente de la multitud de atenciones que continuamente exige una enfermedad de esa especie.

Siguió esta en aumento, y renunciarnos á describir las terribles escenas que, como consecuencia, tuvieron lugar. La madre y los hijos viéronse á menudo espuestos á ser víctimas, teniendo que parapetarse detrás de los escasos muebles, cuando de ellos no se servia *la loca* como de arma ofensiva para arrojárselos á sus inocentes hermanos, que, muertos de miedo, huían, refugiándose en casa de algun caritativo vecino.

Podrá decírsenos: Y ¿por qué no la llevaban á una casa de dementes?..... ¡Ah! Vosotras las que seais madres, sin duda no os atreveréis á formular semejante pregunta; sabeis harto cuán estrechos son los lazos que ligan con un sér querido, vida de nuestra vida, y comprendéis la lucha titánica que una madre tiene que sostener, antes de decidirse á desprenderse de ese pedazo de su alma, tanto mas querido cuanto es mas desgraciado.

Y en tanto sucedíanse los días; los alquileres de la casa no se pagaban; y el casero, cansado de esperar, las echó á la calle, embargándoles lo poco que tenían, para resarcirse de sus pérdidas.

Ya esto era mas de lo que la infeliz madre podia resistir: agotadas sus fuerzas, cansado el cuerpo, destrozada el alma, cayó exánime, y un vómito de sangre vino á acabarlas en el momento en que los ejecutores de la *humana justicia* se aprestaban á cumplir su horrible cometido.

Mas, al mismo tiempo un médico de la Casa de Socorro, avisado sin duda por algun alma caritativa, de esas que nunca faltan en los momentos críticos, se presentó y con una firmeza hija de la sublime mision que allí le llevaba, *prohibió*, en nombre de la ciencia y la caridad, que se llevase á efecto el cruel designio de mover en semejante momento á aquella infeliz, lo cual, dado el estado en que se encontraba, equivalia á un asesinato. Tales fueron las palabras del dignísimo enviado de la Casa de Socorro, institucion nunca bastante benedecida.

Tal era la situación en que se encontraba la familia cuyas tristes vicisitudes venimos contando, cuando, enteradas por una persona (bien conocida de nuestros lectores) algunas de las señoras que hoy forman parte de las Decenas, acudieron presurosas, cual siempre lo hacen, á la miserable bohardilla teatro de tan desgraciadas escenas, y formando una Decena, salvaron de este modo á la desgraciada enferma de la vergüenza y la muerte, consiguiendo, trascurrido algun tiempo y no sin trabajo, que, venciendo la natural repugnancia, se resignase á separarse de su hija, permitiendo que fuese trasladada á una casa de dementes (*), donde algun tiempo despues murió, dejando á su pobre madre el recuerdo imperecedero de su corta cuanto desgraciada vida.

El mayor de los varones está de aprendiz de carpintero con un honrado maestro, que le enseñará el modo de hacerse hombre, debiendo á su trabajo su porvenir, y el pequeño aprende en una escuela gratuita el santo nombre de Dios para bendecirle, y el amor al estudio para practicarle, mientras la madre, aunque siempre molestada en períodos mas ó menos largos por los vómitos de sangre, da gracias á la Providencia y bendice la Caridad, cuyos beneficios no se limitan solo á llevar pan al hambriento y á abrigar al que tiritá; estiéndese aun mas su poderoso influjo, y las almas hambrientas de consuelo encuentran en ella el alimento que necesitan, y los corazones frios de sentimiento hallan, al abrigo de sus dulces caricias, el calor que en los dias de tribulaciones perdieron.

¡Benditas, benditas mil veces las almas que comprenden la Caridad y la practican!

Y ahora que conoceis una historia de las varias que por Decenas se socorren (y repito lo que al principio dije, que cualquiera de ellas presentaria en su fondo igual miseria y desgracia, aunque con distintos incidentes) ¿no apoyareis nuestra empresa? Porque..... doloroso es confesarlo, pero necesario. Las Decenas, lejos de haber ido aumentando en número de suscritores, han disminuido desgraciadamente, y hoy, algunas no completas, podrian mas bien llamarse *sestas* ú *octavas*, resultando que apenas dan para las múltiples necesidades á que con ellas hay que atender.

Que la union hace la fuerza es indudable; unámonos, pues, y lograremos triunfar. Prestad vuestra cooperacion, aunque solo sea de un modo, que en nada os ha de molestar. Acordaos de nosotros en vuestras visitas y reuniones, y hablad algo acerca del objeto que ha motivado el presente artículo; á veces de la conversacion, al

(*) S. Baudilio de Llobregat.

parecer mas insignificante, surge un gran pensamiento ó una buena obra.

Sembrad, y tal vez algo recojan los pobres en beneficios y vosotros en bendiciones.

Esperanza.

LAS HERMANITAS DE LOS POBRES EN JEREZ.

En *El Porvenir*, de Jerez de la Frontera, correspondiente al dia 21 de enero último, leemos lo siguiente.

«Ayer hemos asistido á un acto verdaderamente conmovedor, y cuya consideracion es digna del estudio de esos espíritus que todo lo cifran en el materialismo de la vida.

»Hace apenas seis meses llegaron á nuestra localidad dos pobres-citas mujeres, sin mas título ni recomendacion, que su humilde nombre de Hermanitas de los Pobres. Al amparo de la Providencia, nunca llamó en vano el pobre á sus puertas; y mientras ellas carecian de lo necesario, buscaban hasta lo supérfluo para ejercitar la caridad: este sublime sentimiento, que nunca se ha excitado en vano entre nuestros convecinos, ha respondido una vez mas cómo esperábamos.

»La caridad pública inició una suscripcion para dar un asilo á esas hijas de la Providencia, suscripcion que, elevada á la cifra de doscientos mil reales próximamente, se creyó bastante para aceptar un terreno en condiciones ventajosas para elevar un santo asilo, y ayer, con asistencia de algunos donantes, la autoridad eclesiástica colocó la primera piedra para la creacion de un edificio, que honrará siempre el nombre de Jerez.

»¡Bien hayan los pueblos que, á través de las perturbaciones del siglo, tienen siempre un recuerdo para la caridad cristiana!

»Por nuestra parte, recomendamos una vez mas á todos aquellos que aún no estén inscritos en el padron de tan benemérita obra, contribuya cada cual con arreglo á sus fuerzas á tan hermoso fin; en otra ocasion hemos dicho, y hoy repetimos, que el valor de un par de guantes en nuestras bellas paisanas, el dispendio de un padre de familia por una efímera complacencia, son un óbolo de imponderable valor, aplicado á tan santa obra, á los ojos de Dios.

»Una mesa preparada bajo una tienda de campaña, con un modesto refresco, estaba presidida por doce acogidos, cuyas edades representaban la respetable suma de ochocientos y pico de años.

»La casa de Hermanitas de los Pobres de Jerez, es la décima-quinta en España.»

Gratas y consoladoras son estas líneas, que revelan la acendrada caridad de los Jerezanos, y tenemos una satisfacción en publicarlas en nuestra Revista.

Si alguno hiciere la observación de que nos ocupamos con frecuencia de las *Hermanitas de los Pobres*, le diríamos que es una observación exacta, pero que tiene su razón, fácil de comprender.

Todas las instituciones benéficas atraen naturalmente las simpatías de las personas que tienen buenos sentimientos, pero la de las Hermanitas de los Pobres parece deba interesar especialmente, porque apenas se encontrará otra que revele más caridad, más sencillez y más verdadero amor al prójimo.

Esas buenas mujeres no solo se dedican al cuidado de sus hermanos constituidos en la vejez pobre, que es cuando más necesitan el amparo y cuando más meritorio es el dárselo, sino, que para ser hospitalarias se convierten antes, voluntariamente, en mendigas, pues sabido es que nada poseen ni pueden poseer según sus estatutos, sino que, solo pidiendo limosna, es como reúnen los recursos con que cuentan, y que tan acertadamente emplean en bien de sus viejos protegidos.

Ver unas mujeres, jóvenes aun generalmente, abandonar la sociedad del mundo, en la que podrían quizá gozar, vestir tosco sayal, desprenderse de lazos, de afectos y de riquezas, para consagrarse exclusivamente á la ruda tarea de cuidar viejos pobres, buscando recursos para ello, y todo esto revestido de un carácter religioso, con ternura para los demás y austeridad para sí mismas, es verdaderamente un espectáculo nuevo, el cual, aunque de carácter tan modesto, hace honor á este siglo que, juzgado generalmente con cierto pesimismo, se le suele considerar solo como el siglo del descreimiento, del egoísmo y de los goces materiales.

Las *Hermanitas de los Pobres* prosperan y se aumentan rápidamente en España. Las hay ya en sus principales poblaciones, en todas con el mejor éxito y con grandes simpatías del pueblo. En algunas capitales, las casas de estas piadosas mendigas son ya verdaderos palacios, levantados por los donativos de los ricos ó por la modesta suscripción de todos. Tales son, entre otras, las de Barcelona (*) y

(*) Como una prueba más del desarrollo á que esta institución ha llegado en la capital del Principado, tomamos de *El Diario de Barcelona* la siguiente estadística del asilo que allí tienen las *Hermanitas*.

Málaga. Jerez imita ahora ese ejemplo, con la esplendidez con que se hacen las cosas buenas en la rica ciudad del Guadalete.

Es un hecho muy honroso y un ejemplo bien digno de imitarse.

Antonio Guerola.

LOS PESCADORES.

Con frecuencia vemos que la sociedad pasa al lado de absurdos, dolores ó iniquidades, sin notarlo, como un hombre que no tiene olfato, por cerca de un muladar, sin percibir su repugnante olor. Hay en efecto, falta de sentido moral, en ver males graves y prolongados, de cualquier clase que sean, y no pararse á examinar si son de los irremediables, ó pueden tener remedio. Muchas páginas podrian llenarse con la lista de estos males, que no dejan de serlo

Asilados en 31 de diciembre último.

Hombres.—4 de 60 años, 3 de 61, 4 de 62, 3 de 64, 2 de 65, 2 de 66, 1 de 67, 3 de 68, 1 de 69, 2 de 70, 2 de 71, 4 de 72, 2 de 73, 5 de 74, 4 de 75, 3 de 76, 6 de 77, 5 de 78, 4 de 79, 2 de 80, 1 de 81, 3 de 82 y 1 de 84.—Total 64.

Mujeres.—3 de 60 años, 2 de 61, 1 de 63, 2 de 64, 2 de 65, 2 de 66, 2 de 67, 10 de 68, 3 de 69, 3 de 70, 3 de 71, 12 de 72, 4 de 73, 5 de 74, 4 de 75, 6 de 76, 1 de 77, 4 de 78, 3 de 79, 6 de 80, 3 de 81, 2 de 82, 2 de 83, 2 de 84, 2 de 86, 2 de 87, 2 de 88, 3 de 93, 2 de 96 y 2 de 97.—Total 100.

Total asilados de ambos sexos, 164.

Fallecidos en 1875.

Hombres.—1 de 62 años, 1 de 64, 1 de 65, 2 de 67, 1 de 70, 1 de 71, 2 de 73, 1 de 75, 2 de 76, 2 de 77, 1 de 80 y 1 de 81.—Total 16.

Mujeres.—1 de 61 años, 2 de 68, 1 de 69, 2 de 70, 2 de 71, 2 de 73, 1 de 74, 2 de 75, 2 de 76, 2 de 77, 2 de 78, 1 de 79, 1 de 80, 1 de 85 y 1 de 96.—Total 23.

Total de fallecidos de ambos sexos, 39.

Comparando los precedentes datos con los correspondientes al año anterior, resulta que con un número igual de asilados ha habido 4 defunciones menos en 1865, lo que no deja de ser notable, habiendo producido la crudeza del tiempo en aquella ciudad un aumento de mortalidad, sobre todo en personas ancianas y de salud delicada.

Cuando se termine el nuevo asilo que de limosnas se está construyendo, podrá elevarse á 340 el número de acogidos, que hoy no es posible exceda de 164.

por estar desapercibidos ó desdeñados, ni dejan de constituir un principio morboso para el cuerpo social.

Hoy trataremos de una de sus llagas, que bien puede darse este nombre á los *pescadores*.

El pescador varia mucho, segun que pesca en los rios ó en el mar; segun que se dedica exclusivamente á este oficio, ó tiene además alguna otra ocupacion; segun que echa su red ó su anzuelo en la ribera, se aleja poco de ella, ó se interna en alta mar. De estas variedades de la especie, tomemos, la que nos parece mas numerosa, y séalo ó no, la que seguramente es la mas desdichada; la de los que no tienen otro oficio que pescar en el mar, y en mares rara vez tranquilos, con frecuencia tempestuosos.

Los muchos miles de hombres que se encuentran en este caso, estan sujetos á matrículas de mar y á reglamentos y autoridades de marina, que coartan su libertad, sin que reciban en cambio organizacion ni auxilio.

Reducidos á sus débiles fuerzas, que el aislamiento debilita, salen cuando quieren, y como pueden á un mar bravo, y con mucha frecuencia no se atreven á salir. A veces se los tacha de cobardes, por los que no serian mas valientes que ellos, si tuvieran que luchar con las olas, en una mala lancha, con un mal aparejo, y trajeran á la memoria tantas catástrofes como registra la historia, si la tuvieran los pobres pescadores que sucumben.

Resulta, que una gran parte del año, no se puede salir al mar, que el pescador tiene huelga forzosa, y como no ha realizado economías, se empeña, se arruina, y se ve sumido en la mas espantosa miseria.

¿Y por qué no realiza economías en los dias buenos, para acudir á las necesidades de los malos dias? Por muchas causas. En lugar de la caja de ahorros, de que no conoce ni aun el nombre el pescador, tiene el préstamo usurario, que le chupa todo lo que pudiera, mucho mas de lo que podría ahorrar en los dias de abundante pesca. Esta abundancia, no significa riqueza en proporcion, porque siendo mercancía que no se guarda, cuando no hay facilidad para trasportarla inmediatamente ó conservarla, se da casi de balde, y en todo caso abarata mucho, en cuanto abunda, un objeto, que bastan pocas horas para destruir su valor.

El pescador, suele ser desarreglado, y no pocas veces, vicioso. ¿Qué hace en tierra, esos dias en que no puede salir al mar? Acude á la taberna, bebe y juega; pasea por plazas y muelles su ociosidad, la distrae por malos medios, y aun suele insultar á sus compañeros, que dándole un buen ejemplo, trabajan en lo que *les sale*. No ya

para hombres tan ignorantes como los pescadores, mas aun para los que tienen alguna cultura, es una gran dificultad para ordenar la vida, el que esta no lo esté materialmente por la clase de ocupacion, teniendo alternativas de larga ociosidad, y de abundancia relativa y escasez y carencia de todo recurso. La ociosidad es el vicio, el vicio es la ruina. Aunque no sean viciosas, á persona ó familia que tiene muchos dias hambre, no hay que pedirles moderacion en la hora de la abundancia, y de las cien personas que la exigen, no la tendrian las noventa y nueve. Se necesita mucha mas fuerza para ser activo, absteniéndose repetidamente de un goce que es una continua tentacion, que para ser pasivo y sufrir sin lucha un mal sin remedio; y el pobre pescador, ignorante y embrutecido, no es seguramente un espíritu fuerte. Hablan de la imprevision de los pobres, los que no saben lo que es *pobreza*, y aun diriamos *humanidad*, porque conociéndola, no comprendemos cómo pueden tenerse semejantes exigencias.

Los hijos de los pescadores se crian en esta miseria, en estas alternativas, con el mal ejemplo de la ociosidad de sus padres, y muchas veces de sus vicios: así crecen, y cuando sean hombres, seguirán el mismo desdichado camino, perpetuándose la miseria material y moral de los que ejercen su oficio: *pescadores y miserables*, suele ser la misma cosa. El mal muy inveterado, muy extendido y muy grave, viene principalmente como hemos visto,

De aislamiento, que reduce las fuerzas á las individuales.

De interrupcion inevitable de trabajo, ó de trabajar sin utilidad.

De ociosidad, que lleva consigo el vicio.

De falta de orden en los gastos, cuando los productos esceden á las necesidades.

En la situacion material, moral é intelectual, en que, como otros pobres, se halla el pescador, no puede tener ni la idea de cómo saldrá de su mísero estado. Es necesario que una mano mas fuerte le levante, que una inteligencia mas clara que la suya, ilumine el nuevo camino que debe emprender.

Los beneficios de la asociacion, tan desconocidos de los españoles, pobres y ricos, podrian demostrarse al pescador. Él mismo pudiera servir de ejemplo. Aun en las desfavorables condiciones en que sale al mar, no saldria, si no estuviera *asociado*. Que dé un paso mas; que, en vez de asociarse los hombres de una lancha, se asocien las lanchas de un puerto, como se hace en Castro-Urdiales, donde, segun informes de personas verídicas, la condicion de los pescadores es infinitamente mejor. Allí las lanchas son mejores, tienen mejores aparejos, no salen aisladamente, ni cuando quieren, sino autorizadas

por una especie de consejo de ancianos, que resuelven si se puede salir ó no: á esta resolucion todos tienen que someterse. Ya se comprende que estas circunstancias y precauciones aumentan la seguridad y con ella el número de los dias en que se trabaja, disminuyendo el de las víctimas de la impericia, de la imprudencia, del aislamiento, y de las malas condiciones de los barcos. Si á esto se añade que los que no pueden trabajar y las viudas tienen su parte en la ganancia, se comprenderá que el pescador en Castro-Urdiales aventaja mucho al de otros puertos, y que la organizacion que allí tienen los de su oficio, debiera ser imitada y servir de argumento, especialmente para aquellos que tienen en mas un hecho que cien razones.

La interrupcion en el trabajo, que, como hemos visto, puede disminuirse, no puede evitarse, ni tampoco el que á veces trabaje sin fruto el que sale á pescar. Pero lo que sí podría remediarse, es que el hombre que no puede salir dias y semanas seguidas, no estuviese ocioso en tierra; y lo que debia castigarse severamente son las bur-las que recaen sobre algunos pocos trabajadores, de quienes hace rechifla el gran número de holgazanes que creen *indecoroso* trabajar en cosa que no sea su oficio, y muy digno irse á la taberna, empeñarse, tener hambrientos mujer é hijos, y ser unos miserables, en toda la estension de la palabra. La autoridad podia hacer algo, y mucho una asociacion que se encargase del protectorado de los pescadores, no desesperando de corregir á ninguno que lo necesite, pero confiando principalmente en los beneficios de la educacion, y teniendo la de los niños como principal objeto de sus trabajos.

Despues de cuidar de que los hijos de los pescadores recibieran la enseñanza de las primeras letras con toda la estension posible, y de darles lecciones de moral y de la práctica de la vida, poniéndoles de manifiesto por qué era tan desdichada la de sus padres, y los medios de que la suya fuese menos infeliz; los niños, que no pueden, que no deben salir al mar hasta que tengan cierta edad, podian elegir un oficio ú ocupacion, como suplemento del de pescadores, si querian seguirle, y para los dias en que no pudieran embarcarse, que los librase de la ociosidad, del vicio y de la miseria. Con mucha buena voluntad y algunos socorros materiales, la nueva generacion cambiaria de ideas y de procederes. Aun sobre los hombres podria influirse ventajosamente. Por ejemplo, aliviando la contribucion de los que trabajasen en tierra cuando no pudieran salir al mar, y recargando la de aquellos que no lo hicieran así; dando á los primeros, certificados que podrian utilizar para ciertas colocaciones, preferencias para socorros, etc., y que siempre serian una garantía de honradez.

Con esto, y alguna otra medida, adoptada por la asociacion protectora, se destruiria la preocupacion perjudicialísima, que hace de la ociosidad un caso de honra, y mira como indigno de un hombre de mar, el trabajo en tierra. Este absurdo se sostiene, porque nadie se ha tomado el trabajo de combatirle. Los que señalan á la opinion lo que ha de tener por vil ó por honrado, son los que tienen la riqueza, la inteligencia y el poder; si van contra razon y conciencia, el impulso que impriman en mal hora, no producirá un movimiento duradero; pero si en conciencia y razon resuelven, las masas ignorantes no se obstinarán mucho tiempo en tener por degradante, lo que mas arriba se tiene por digno y se respeta.

En cuanto al espíritu de economía, tan necesario para todos los pobres, y mas para aquellos cuyo trabajo sufre interrupciones y da productos muy desiguales, es difícil introducirlo entre los pescadores que esten acostumbrados á no economizar nada. Pero, sobre que algunos habrá económicos, algunos en quien la falta de orden no sea un mal inveterado, en todos podria influirse con el establecimiento de sociedades cooperativas para el consumo, y de cajas de ahorros. Estos deberian recibirse, no tal dia fijo de la semana, sino aquel en que hubiera pesca abundante, y estimularse, al menos al principio, con un aumento hecho por la asociacion protectora, de modo que el que llevaba á la caja una cantidad, sabia que entraba aumentada con la parte añadida, como auxilio de esfuerzos difíciles y premio á la buena voluntad: la palabra limosna no deberia pronunciarse.

Tenemos por cierto que, si hubiera quien se tomase el trabajo que dejamos indicado, no sería perdido, y que variaria completamente el modo de ser de los pobres pescadores.

Gijon 31 de enero 1876.

Concepcion Arenal.

EL SOLDADO.

Hace tres años, madre,
 ¡Qué triste dia!
 Tú gritando—¡hijo mio!
 Yo—¡madre mia!
 Nos separamos.
 ¡Qué terrible momento!
 ¡Cuánto lloramos!

Desde entonces conservo,
Como un tesoro,
Sobre mi frente enjuta
Tu triste lloro.
Quiero guardarlo,
Madre, porque en mi frente
Vuelvas á hallarlo.
Escucha, madre mia:
Cuando, en la marcha,
Bajo mis plantas cruje
La fria escarcha,
Y el raudo viento
Murmura en mis oidos
Ronco lamento,
Pienso que tú, temblando
De hambre y de frio,
Moribunda me gritas:
—¡Ven, hijo mio!
Y á tu agonía
Respondo yo gritando:
—¡Voy, madre mia!
Y corro hácia la cumbre
De la montaña,
Creyendo ver el humo
De tu cabaña.
¡Locas ficciones!
No hay mas humo que el humo
De mis visiones!
¿Sabeis lo que es la guerra?
Lo sabes, madre.
Murió en ella tu esposo,
Murió tu padre;
Los enterraron
Lejos—¡hasta sus tumbas
Te arrebataron!

Yo tambien de la guerra
Sigo el destino,
Cantando mis dolores
Por el camino.
¡Quiera la suerte
Que en el camino oscuro
No halle la muerte!
Han dejado tu alma
Rota en pedazos;
Te han robado mis besos
Y mis abrazos.
La guerra, madre,
Roba el padre á los hijos,
Hijos al padre.
Acaso moriremos,
Yo en la pelea,
Tú en la pobre cabaña
De nuestra aldea,
Sin mas consuelo
Que volver á besarnos
Allá, en el Cielo.
Mas cuando al Cielo subas,
Desde el vacío
De la noche, me gritas:
—¡Ven, hijo mio!
Y antes del dia
Oirás que te respondo
—¡Voy, madre mia!

J. Leal y Maruquen.

(Porvenir de Sevilla.)
